

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

El Poder del Remedio Homeopático... y el Paraíso Inesperado

Cuando regresé de Latinoamérica traje conmigo la costumbre de trabajar como médico entre la gente. No podía concebir el ser médico, y menos aún médico homeópata para pacientes cultos, ricos o de una cierta “elite”. Así que abrí un ambulatorio social en un pequeño pueblito del Mediterráneo. Las personas que se acercaban al consultorio eran gente sencilla, mercaderes o campesinos que nada sabían de la Homeopatía ni se permitían ningún tipo de consideración. Llegaban solo empujadas por la desesperación de enfermedades antiguas y el sufrimiento físico y moral combinados.

Así fue que un día vi entrar en el ambulatorio a un hombre de unos 70 años. Sentado en una silla de ruedas, consumido, de tez amarilla y ojos penetrantes resignados por el malestar. Lo acompañaban su mujer y uno de sus hijos varones.

El motivo de la consulta era en primer lugar el estreñimiento persistente unido al diagnóstico de cáncer rectal. Cuando se preguntaba por otros síntomas te decían pocas cosas, aparte de una colitis persistente y dolores cólicos que le atormentaban junto a un “carácter endiabrado” de toda la vida que se había agudizado en los últimos tiempos con la enfermedad y los tenía a todos enloquecidos.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

La conversación sobre su vida y su comportamiento fue breve. El hombre no había padecido otras enfermedades físicas, pero lo que había sido brutal en su vida eran su violencia y su crueldad. Explotaba de ira por la mínima cosa y golpeaba a todos los hijos y la mujer con lo que tuviera en la mano, desde la culata del fusil a la fusta del caballo, de tal manera que lo odiaban. Dichas circunstancias hicieron que todos los hijos se fueran de casa en cuanto pudieron. Solo el hijo mayor entraba en la casa para ayudar a la madre; la hija hacía más de 30 años que no podía pisar la casa.

De frente a la situación y la debilidad que yo intuía en ese momento, le receté solamente **Nux vomica** 6CH, 3 veces al día, con el consejo de llamarme en unos días. Eran más o menos las 10:00 de la mañana. Poco después, hacia las 14:00 horas, me llamó al teléfono la mujer gritando y llorando desesperada porque pensaba que su marido se estaba muriendo. Entre los gritos le pregunté por qué me decía eso... y la mujer me dijo que una hora después de tomar los primeros glóbulos de **Nux vomica** 6CH el hombre, mirando al cielo, decía en voz alta: "Estoy en el paraíso, estoy en el paraíso", porque se sentía tan bien que le parecía algo de otro mundo.

Completamente sorprendida por aquello que escuché, le dije que se calmara porque era una buena señal (aunque dentro de mí también dudé, con ese diagnóstico infausto, que estuviera sucediendo algo tan imprevisto). Al día siguiente, para mi sorpresa y la de todos, el hombre estaba calmado, había ido a evacuar y no tenía más cólico.

Con **Nux Vómica** mejoró físicamente, aunque hay que reconocer que, de manera incomprensible, cambió completamente de carácter. Se volvió tan amable que los hijos volvieron a casa porque él mismo lo pidió. Las hijas cocinaban y le hacían pasteles y bromeaban en la cocina. Como ellos mismos me dijeron, por primera vez había risas en la casa.

Un año después el hombre había cambiado de temperamento y se había vuelto no sólo amable, sino cariñoso de manera estable. Algo inconcebible.

No obstante, el paciente desarrolló una nueva enfermedad broncopulmonar debido a un brusco cambio de tiempo. Los síntomas entonces fueron característicamente de **Poporo**, tos con dolor violento en el pecho y sensación de constricción, como si tuviera una venda que le apretara.

Esputaba con sangre moco purulento. Estaba exhausto. Sed intensa de bebidas frías y comida fría, cruda, salada. Silencioso, sentimental al punto del llanto emocionándose por cualquier cosa, por cualquier ternura o cualquier sufrimiento. Una cosa incomprensible, considerando como había sido, era que les preguntaba a todos cómo estaban. Quería que todos estuvieran con él. Le di **Poporo** 3LM, 3 gránulos en días alternos, y después de cuatro días empezó una mejoría progresiva y definitiva.

El hombre se recuperó de tal modo que asistí en los años sucesivos a la cosa que menos podía uno imaginar: ¡su mujer murió antes que él!

Las reflexiones sobre esta historia real y el poder del remedio homeopático son inevitables: como el profesor Ortega enseñó siempre, el remedio abre puertas de curación muy superiores a lo que cada médico puede imaginar cuando da un remedio. Si el paciente tiene una buena fuerza vital, el remedio adecuado puede restituirle la salud integral que le pertenece en modo extraordinario, es decir, más allá de lo ordinario o de lo que un médico está acostumbrado a ver.

El remedio homeopático es un instrumento terapéutico "inmanente y trascendente". Inmanente, porque es capaz de modificar la vida física y material, los órganos, los tejidos y sus funciones... con su vida psíquica correspondiente. Y trascendente, porque es capaz de realizar, en un modo casi imperceptible y tantas veces, como en este caso, la reorganización de ese misterio permanente que es la vida y el alma de un ser viviente. Su modo de estar en el mundo y de caminar armónicamente hacia la vida del "más allá".

Y así ha sido en este caso, exactamente, como está escrito en el primer párrafo de la obra fundamental de Hahnemann, el *Órganon, la ciencia y el arte de la curación*: reintegrar la vida con la salud que le pertenece, restituyendo eso tan ambicionado por todos los seres humanos: un poco de simple y sana felicidad, personal, familiar y social. No solo la ausencia de las enfermedades reconocidas.

Reciban un fuerte abrazo.